

**POSIBILIDAD Y NECESIDAD DE UN
SOCIALISMO AUTÓCTONO EN COLOMBIA**

ORLANDO FALS BORDA

Profesor Titular Universidad Nacional

CUADERNOS DEL CES

No. 2

Conferencia dictada en Bogotá, 1 de septiembre de 2003 como parte del ciclo: Los Maestros y Maestras piensan a Colombia

Bogotá, septiembre de 2003

POSIBILIDAD Y NECESIDAD DE UN SOCIALISMO AUTÓCTONO EN COLOMBIA

El principio de la endogénesis.

Comienzo aclarando que no me refiero al socialismo europeo conocido de los siglos XIX y XX que ha sido suficientemente estudiado y también vapuleado por la inesperada distancia que creó entre su teoría y su práctica. Parto en cambio desde el punto de vista de la crisis ideológica del mundo contemporáneo (constatado desde Spengler) que resulta de disfunciones intrínsecas en los sistemas dominantes de observar, valorar e interpretar realidades ambientes así como en formas de trabajar y crear riqueza, a lo que los físicos llaman “entropía”. A causa de la persistencia de estos problemas entrópicos ---insolubles cuando se les aplica la racionalidad instrumental capitalista--, se ha abierto un espacio para plantear visiones diferentes de sociedad, política y economía, ojalá más satisfactorias, para enfrentar la vida colombiana. Este espacio sólo es concebible cuando a la entropía se le contrapone otro factor del mismo nivel: el de las fuerzas dinámicas que van

creciendo desde adentro de los sistemas, en lo que se llama “endogénesis”.

Para observadores críticos como yo, debería estar claro que las nuevas visiones, con sus idearios y utopías, no pueden ser continuación de la filosofía liberal/conservadora de origen euroamericano que es soporte del capitalismo, y que ha acompañado y apoyado a éste durante los últimos cinco siglos. No podemos confiar ya en la capacidad orientadora de nuestras clases dirigentes urbanas, blancas y xenófilas, que han demostrado tener poco poder de innovación en nuestro desarrollo institucional. Han sido idolátricas de Occidente e imitativas de todo lo norteamericano, tratando de hacer aquí falsas Atenas. Tenemos que revolcar nuestro morral cultural para encontrar elementos alternos de suficiente poder endogenético.

La crisis entrópica del capitalismo así lo viene exigiendo. Hasta influyentes filósofos políticos del Norte, como el bien

vinculado a empresarios poderosos, el profesor Peter F. Drucker, han planteado la necesidad ya inevitable de reconstruir un mundo postcapitalista. [1] Por razones dialécticas inspiradas en Marx, el señor Drucker se acerca a un cierto tipo de neosocialismo que cree inevitable para la reconstrucción del sistema mundo.

En efecto, desde mediados del siglo XX se han venido ensayando modalidades socialdemocráticas en los regímenes capitalistas, con medidas que los han morigerado haciéndolos menos salvajes que el que nos trajo la clase dominante europeizante, con la energía de la recién nacida industria inglesa. Se inventó así un “Estado de bienestar” en el que se percibe algo de políticas alternativas de naturaleza socialista ortodoxa o marxista más cercanas a lo popular. Colombia y muchos otros países no han estado ausentes de estas tendencias creadoras, como lo recordaré más adelante. Y cuando no se toman en cuenta, como ocurre hoy por los neoliberales del Fondo Monetario Internacional, las masas estallan: lo hemos visto cada vez que sus directores se reúnen, desde Seattle hasta Cancún.

El principio del contexto.

Si esto es así, si la entropía capitalista lleva a buscar alternativas creadoras desde adentro de los sistemas, basadas en realidades que apoyan la vida, vale la pena encontrar fórmulas propias de Iberoamérica, independientes de las conocidas escuelas europeas de pensamiento social, fórmulas que podrían ayudarnos a crear autoestima, a levantar cabeza y a mirar, con más cercanía, los nuevos horizontes. Para ello sólo se necesita aplicar otro gran principio general: el de la contextualidad. Este principio dice que los marcos de referencia que guían la observación, la inferencia y la práctica, “como obra de humanos, se inspiran y fundamentan en contextos geográficos, culturales e históricos concretos. . . Este proceso se justifica en la búsqueda de plenitud de vida y satisfacción espiritual y material de los que intervienen en el proceso investigativo y creador, así como de los que lo difunden, comparten o practican”. [2]

Nuestro contexto vital, obviamente, es el continente americano donde, por muchos siglos desde antes de Colón, sin contactos con el curiosamente llamado Viejo Mundo, sus pueblos migrantes o sedentarios fueron desarrollando soluciones propias para la vida y el trabajo sobre el medio geográfico que fueron encontrando. Sin embargo, sólo a partir de los descubrimientos de John Stephens y Frederick Catherwood en Chiapas en 1843, los hombres de ciencia empezaron a equiparar los hallazgos arqueológicos de este lado del océano (en especial los logros de Mayas e Incas) a los justamente admirados de Egipto y Mesopotamia. Hubo acá descubrimientos únicos en matemáticas, astronomía, agricultura y artes que son de alcance universal y que, en varios casos clásicos desbordaron el conocimiento acumulado en Occidente. Aquí hay bases para empezar a autoestimarnos y perder nuestro complejo de inferioridad ante lo extranjero, es decir, a construir ciencia propia sin chauvinismos.

Para mí, está claro que debemos priorizar estudios que, como mariposas en busca de polen y de mieles,

revoloteen alrededor de los hechos y elementos de nuestro medio inmediato. Conviene seguir la trocha abierta por el pensador antioqueño Fernando González al insistir sobre la importancia de lo propio y del orgullo que en ello debemos tener. [3] Esta sabia reflexión de González ayuda a explicar el proceso endogenético y contextual por el que se fue formando en Occidente una civilización adaptada a sus propios entornos, en una secuencia que incluye Egipto-Asiria-Grecia-Roma-Israel-Arabia, con adiciones de Asia y norte de Europa. Pero el epicentro de esta secuencia formativa fue el Mar Mediterráneo. Allí está la duramadre de la cultura que llegó a ser dominante en Europa y otras partes, y que ha recibido la designación de “cultura universal” junto con la de “historia universal”. Las otras no existen sino en referencia a la mediterránea. Se entiende así porque los mismos europeos, por diversas y quizás respetables razones, se autodesignaron como maestros y guías del mundo imponiendo, con técnica, espada y cruz, sus propias instituciones, sin importarles que fueran condicionadas en su origen por el contexto septentrional.

El principio del trópico.

Quizás ello fue inevitable, pero logró dramatizar el contraste entre el Norte y el Sur del mundo; pero más notablemente con esa porción del globo terráqueo que corre 23 grados al norte y 23 grados al sur de la línea ecuatorial, que se llama zona tropical por estar limitada por los trópicos de Cáncer y de Capricornio respectivamente. Lo tropical aquí incluye no sólo lo amazónico y selvático de esa zona, sino también las montañas y páramos andinos, las áreas costaneras y los mares. Las diferencias con Europa siempre fueron tan notables, que ello explica por qué Buffon y otros Enciclopedistas tenían un bajísimo concepto del trópico y de nuestras gentes; por qué Simón Bolívar no era sino un bandido para Carlos Marx; y por qué para Hegel no había otro Estado posible que el prusiano que lo sostenía.

Ni qué decir sobre los dogmas cristianos que debían imponerse en todas partes para destruir cultos y creencias consideradas salvajes y demoníacas. Se trató así de trasladar, in toto muchas veces, instituciones sociales, económicas, políticas y culturales a situaciones en las que quedaban

incongruentes y, en todo caso, donde se producían tremendos cambios no siempre favorables para los pueblos dominados. Esto se ha sabido desde hace tiempo. Y el contexto más sufrido, y también el más rico siempre fue el del trópico: nuestro propio medio tropical.

La matriz aborígen. No obstante, contradiciendo ideas muy extendidas, hubo en este contexto americano una formidable creatividad cultural y técnica en tiempos precolombinos. Siguiendo de nuevo a Fernando González, se trataba de una secuencia formativa muy distinta de la del Mar Mediterráneo, que puede ser descrita así: Pueblo-Maya-Chibcha-Inca-Mapuche-Guaraní. Sus formas de vida y pautas de pensamiento y acción obviamente eran precapitalistas y lo siguen siendo en gran medida entre sus descendientes actuales, excepción hecha de aquellos que por sus contactos se han subordinado al valor dinero.

En general, estas pautas locales de vida y pensamiento pueden interpretarse del tipo propio de ecosocialismo o parasocialismo que estoy tratando de identificar aquí. Han resistido el embate de Occidente con tácticas de resistencia y supervivencia

que incluyen la acomodación, la simbiosis y el sincretismo; y también la revuelta, la contraviolencia y la adopción selectiva. [4] Por supuesto, hoy no son las mismas formas de creación y acción de hace cinco siglos o más, y han adoptado muchos elementos de los invasores; pero guardan valores esenciales vernáculos que vale la pena investigar y retomar para buscar equilibrios que aminoren la entropía capitalista actual. Entre ellos destaco los valores de índole comunitaria y filantrópica, los de ayuda mutua, intercambio de brazos, producción colectiva, resguardos, ayllus, mingas y respeto por la naturaleza, en fin, valores altruistas que no han sido del todo destruidos o desplazados por el moderno individualismo egoísta.

En nuestro país se encuentran todavía restos vivos de aquellas culturas primigenias en alrededor de 65 naciones indígenas con idioma y habitat propios, cuyas organizaciones por fortuna van recuperándose. Esta tradición autonómica es especialmente prominente en naciones fronterizas como la Wayúu, Curripaco, Tukano, Motilón y Cuna, mundos tropicales que deben examinarse con cuidado para aprender

de ellos y defender su legado cultural, biodiverso e histórico. Es distinto lo ocurrido con culturas casi desaparecidas como la Muisca o Chibcha de las mesetas y montañas de la Cordillera Oriental. Sin embargo, los estudios rurales que muchos hemos realizado en estos sitios muestran que la cultura Muisca no ha desaparecido del todo, incluso hasta en los años de 1930 se hablaba con mucha seriedad sobre la vigencia actual de la llamada "malicia indígena". En estos casos aparentemente catalépticos, conviene también investigar las fuentes y aplicar técnicas de punta en reconstrucción documental, como lo he sugerido para la búsqueda del perdido Libro Quinto de la Recopilación Historial de Fray Pedro de Aguado, sobre los Chibchas. [5]

En otros países, donde la tradición aborígen aún es fuerte, se cuenta con aportes interesantes como los profundos análisis de la literatura quechua y del ethos incásico por José María Arguedas, las adaptaciones del marxismo a la cultura andina peruana por Luis Carlos Mariátegui, ideas retomadas por Haya de la Torre para su genial propuesta del partido APRA, fallido más tarde por la búsqueda pragmática del

poder estatal. Una República Maya fue fundada por activistas de esta índole vernácula en Yucatán poco después de la Revolución Mexicana, fabulosa experiencia lastimosamente incomprendida y destruida por los dirigentes nacionales. [6] Paraguay es en buena parte una república indígena que merece mayor comprensión, como también Bolivia, Ecuador, Guatemala, el norte de Argentina y el sur de Chile. Como lo estudió en meritoria obra el antropólogo Guillermo Bonfil, en todas estas partes existe ese sustrato colectivista vivo que puede ser insumo importante para lo que podemos ya definir como “socialismo autóctono” o “mestizo”. [7] Este puede ser base para buscar nuestra autoestima y construir una ciencia propia que nos enseñe cómo enfrentar mejor las crisis que nos consumen.

El factor indígena es apenas uno de los elementos de este socialismo sempiterno. Es una matriz en la que se han insertado otras tres modalidades históricas de agrupaciones precapitalistas: las negritudes, los campesinos antiseñoriales y los colonos autonómicos, que paso a describir.

El aporte africano. Las negritudes de palenques formados por cimarrones rebeldes que preservaron valores africanos de origen, fueron muy dinámicas desde principios de la época colonial esclavista. Ocuparon extensiones de tierras baldías en las costas Atlántica y Pacífica y cuencas fluviales como las del Magdalena Medio, el Patía y el Cauca. Como en el caso de los indígenas, allí también quedan sus restos vivos y activos para reconstruir el socialismo autóctono, tarea para lo cual contamos con los estudios de Nina de Friedemann y Jaime Arocha, entre otros. [8]

El aporte antiseñorial. Otro elemento proviene de los paisanos españoles “libres” y de sus mezclas en los campos americanos durante la era colonial con el traslado a nuestras tierras de ciertas tradiciones comunales del medioevo ibérico, tales como los cabildos abiertos y mayores, y los fueros ciudadanos y antiseñoriales que los nobles y los reyes debían jurar respetar. [9] Constituyen una semilla libertaria de no pequeña importancia, cuyos sucesores en nuestras viejas comarcas y provincias son los actuales concejos municipales, corregidores y otras prácticas de

gobierno local independiente, esto es, casi sin ninguna presencia de un Estado central. Semejante situación privilegiada para el autogobierno (parecida a lo que el príncipe Peter Kropotkin encontró positivo entre los paisanos siberianos más lejanos de la corte del Zar), es congruente con el socialismo que postulo.

El aporte de los colonos. Finalmente, de aquellos viejos núcleos independientes rurales emergió también el grupo de colonos explotados por terratenientes y autoridades abusivas muchas veces en guerra entre sí, campesinos sencillos que huyeron de los poblamientos tradicionales para reconstruir su sociedad y cultura en paz en espacios lejanos y marginales, en la frontera agrícola. [10] Allí se prendió el fogón de la mestización triétnica, la raza cósmica a la que aludió el pensador mexicano José de Vasconcelos, con una fértil mezcla en los contextos tropicales de los cuatro grupos etnoculturales aquí señados: los antiseñoriales, los palenqueros y los aborígenes. Un buen ejemplo de esta mezcla cuádruple es lo ocurrido en el Magdalena Medio, como también la hubo sobre las vertientes de

las cordilleras para desarrollar la cultura del café. [11]

Los mestizos “cósmicos” completaron así la conformación de nuestras raíces telúricas para alimentar no sólo nuestra especial idiosincrasia regional de colombianos (una variada y rica “colombianidad”), sino también la ideología socialista humanista, libertaria y ecológica que aquí vislumbro. Estos son los valores triétnicos y pluriculturales – distintos de los de la élite blanca europeizante y citadina--, que habrá que cuidar y estimular con una posible política de retorno al campo en Colombia, si se quiere corregir la catastrófica situación nacional a que nos han llevado los aperturistas neoliberales. [12]

Erupciones históricas del socialismo raizal

El Movimiento Comunero-indígena de 1781.

Las autoridades y paisanos “libres” que trasplantaron de la península ibérica los fueros antiseñoriales y cabildos autonómicos, respetaron en parte las tradiciones indígenas sobre

organización social y territorial. Esta combinación mestizada, llevada a su climax por la dinámica poblacional, culminó en el Movimiento Comunero del siglo XVIII cuando 150 pueblos se rebelaron. Entre nosotros fue notable que el pueblo Muisca o Chibcha, aparentemente pasivo hasta entonces, intentara reconstruir su imperio y restaurara su identidad al proclamar como nuevo Monarca de Bogotá y señor de Chía a un descendiente de los Zipas que vivía en Monquirá (Boyacá), el tendero Ambrosio Pisco. [13]

No importa que el Movimiento Comunero hubiera fracasado y que el mismo Pisco resultó desleal, lo significativo del momento fue la movilización humana. Los valores primigenios subsistían en las comunidades agrarias y en los ejidos y con las prácticas solidarias que aún se observan en los Andes.

De los grupos indígenas y campesinos “libres” y mestizos, así como de los grupos negros que compartieron estas tierras en palenques de cimarrones libres, podemos deducir formas de producción y reproducción que son necesarias para llegar a la autonomía socioeconómica, cultural y alimentaria

que nos conviene como pueblo, y a la ciencia propia que necesitamos para progresar. Sin mirar muy atrás al mundo destruido por la Conquista, podemos todavía hallar latente o manifiesto el espíritu colectivo y portentoso que hizo posibles las civilizaciones precolombinas. Los pueblos afectados supieron resistir. [14]

El golpe de Estado de 1854.

Hubo, sin embargo, otro corto respiro socialista autóctono (con inesperado insumo europeo) en 1854 en lo que se llamó la Revolución del Medio Siglo. En parte haciendo eco a las revoluciones políticas de 1848 en el Viejo Mundo, acá se organizaron Sociedades Democráticas mayormente compuestas por artesanos y ciudadanos productivos que se oponían al libre cambio, como hoy nos oponemos a la apertura de la globalización: porque crea pobreza y perpetúa formas inaceptables de explotación.

Estimulados por dirigentes populares como Joaquín Pablo Posada y Francisco Antonio Obregón, los grupos convergentes del campo y la ciudad

contaron con el apoyo del Ejército Nacional, entonces comandado por el general tolimense José María Melo. El general Melo, con los artesanos armados, se levantaron en abril de 1854 y por primera vez en nuestra historia, el pueblo se tomó el poder del Estado. La sorprendente oligarquía liberal-conservadora se unió entonces para tumbar a Melo, lo que consiguió con guerra en diciembre del mismo año. Pero la semilla del socialismo moderno, abonando el ancestral, quedó bien sembrada. Desde entonces no se ha podido erradicar del acontecer político colombiano.

La revolución inconclusa del siglo XX.

Después de las guerras civiles y la grave secesión de Panamá en 1903, hubo ocasión propicia para volver los ojos a la tierra y descubrir los valores de nuestro pueblo. Ello no lo ofreció el bipartidismo, preocupado ante todo por mantener sus vínculos externos y el monopolio del gobierno, sino el socialismo moderno sobre bases autóctonas, que entró de frente por

tercera vez a la lid política con sus propios hombres e ideas. Además, en la década de 1920 a 1930 el bipartidismo de la Primera República hizo crisis: por una parte, el conservatismo se había corrompido con los excesos del poder y del dinero; y por la otra, el liberalismo había quedado huérfano de iniciativas con que atacar al sistema decadente y volver a gobernar.

Estudiemos un tanto este período crucial. Una relectura de Ignacio Torres Giraldo, Gerardo Molina, Gonzalo Sánchez, Medófilo Medina y otros colegas que han enriquecido este campo con sus investigaciones, es conveniente para ello. Es también útil reexaminar los programas de los partidos socialistas colombianos entre 1924 y 1926. El primero suscrito por Francisco de Heredia fue el resultado de consultas con muchas personas del pueblo en varias regiones. Había medio centenar de periódicos socialistas y se habían realizado congresos socialistas y obreros. Se estaba adelantando un trabajo febril en el que se habían comprometido figuras como Raúl Mahecha, María Cano, Luis Tejada, Carlos Melquizo, Manuel Quintín Lame, Vicente Adamo, Juana Julia Guzmán y

Tomás Uribe Márquez. Se veía que el socialismo se estaba imponiendo, y nuestro país empezó a suscitar preocupaciones internacionales. En la cresta de esta ola de activismo revolucionario surgió el Partido Comunista de Colombia.

La ofensiva contraria tuvo dos cabezas: la represión violenta con matanza de obreros y campesinos, y la cooptación de ideas y dirigentes que hizo allí mismo el partido liberal en sus Convenciones de Ibagué y Medellín, que copiaron o adoptaron algunas de las metas e ideales del socialismo. Significativo que con ellas el liberalismo ganara el poder en 1930 y en 1934 se empezaron a desarrollar algunas de las ideas nuevas en el llamado “Estado de bienestar” y con la “revolución en marcha”. No llegó el socialismo como partido al gobierno, pero sin duda alguna triunfó en muchos aspectos ideológicos y programáticos sobre el bipartidismo tradicional. Colombia no fue más el país decimonónico contra el cual se reaccionó en aquella década de trabajo revolucionario. Todavía estamos gozando de los restos de ella.

La ola socialista de los años de 1920 indujo la creación de una antiélite,

es decir, de un grupo de origen oligárquico que se identificó con las metas e intereses de las luchas populares por sus reivindicaciones. A ella pertenecieron, entre otros, don Luis Cano, director de “El Espectador”, Roberto García Peña, futuro director de “El Tiempo”, los escritores Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea Borda, el poeta León de Greiff, y el joven político Jorge Eliécer Gaitán, autor de un primer estudio (su tesis de grado) sobre el socialismo. Era un fuerte movimiento crítico que resurgió en los años 50 y 60 del siglo XX con los grupos organizados alrededor de Antonio García y Gerardo Molina, y más tarde con las impresionantes campañas del Padre Camilo Torres Restrepo, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Diego Montaña Cuellar y Carlos Pizarro, que pertenecieron también a esos años heroicos. Pero su obra quedó también inconclusa.

Otras erupciones del magma socialista.

El gran auge de los estudios regionales que ha tenido lugar entre nosotros y en

las universidades desde la década de 1950 muestra la persistencia de las raíces precapitalistas y solidarias en la organización social y económica de nuestros pueblos. Ello se advierte por los historiadores cuandoquiera que ha ocurrido una crisis local o regional, cuando vuelve a estallar el candente magma subterráneo que busca reforzar la vida y defender el agro para asegurar la subsistencia y estimular la productividad.

De allí el registro de revueltas convergentes, aparentemente aisladas, ocurridas desde finales del siglo XIX tales como las siguientes: la “comuna” de Pasto; la “república bolchevique” de El Líbano; la “república de Arauca”; la “comuna de Barrancabermeja; los “baluartes campesinos” del Sinú y tomas de tierras por usuarios de la ANUC; la marcha campesina del Sur de Bolívar hasta Cartagena; los “enclaves” libertarios de la Sierra Nevada de Santa Marta; los “palenques” de cimarrones en el río Cauca y la Depresión Momposina; las “colonias” y “provincias” en vertientes andinas y Llanos Orientales; los recios “resguardos indígenas” del Cauca y de Nariño; las “autodefensas” contra la violencia bipartidista; las “republiketas” del Guayabero, Sumapaz y otras partes;

y últimamente las “comunidades de paz” que buscan aislarse de guerrillas y paramilitares y autogobernarse. Todas estas experiencias han tenido raigambres o manifestaciones de las formas de vida del socialismo que queremos. Son experiencias acumulativas que los pueblos podrán recordar y revivir con esperanza, más aún si las universidades ayudan en este patriótico empeño, con investigaciones pertinentes.

Claro que estos movimientos de tan antigua y respetable estirpe, se han visto frustrados a veces por la falta de visión y por el egoísmo de los dirigentes. O por represión ciega del régimen. Pero, el capitalismo rampante y autoritario que adoptó la burguesía como respuesta o reacción, no ha sido solución para nuestra sociedad. Ha habido una acumulación de frustraciones históricas (planteadas primero en 1956 por el profesor Luis López de Mesa): nuestros dirigentes han producido un país de tercera cuyos recursos pueden hacerlo de primera. Han sido imitativos y entreguistas ante lo norteamericano: no descubrieron la autoestima de lo nacional, lo popular y lo tropical. Sus propuestas no han servido para solucionar nuestras crisis.

Por fortuna todavía nos queda en Colombia mucho de valioso, precisamente aquello que el antiguo pueblo triétnico del común ha logrado defender de la rapiña, del despilfarro y de la corrupción de las clases dominantes y explotadoras, nacionales y extranjeras. Las organizaciones y movimientos populares pueden todavía mostrar salidas propias y revivir el sueño utópico, mostrar a donde debemos dirigirnos para reconstruir la nación: hacia la Nueva República, la República Regional Unitaria de Colombia a la que invita, con toda su fuerza visionaria, la Constitución Política de 1991.

No nos dejemos engañar, pues, ni como educadores y estudiantes, ni como ciudadanos y ciudadanas, por la interesada mentira de que el socialismo – y menos el autóctono-- es una doctrina foránea, extraña a nuestra tradición y por lo mismo, subversiva. Esto sólo demuestra una infinita ignorancia de nuestra historia y de la idiosincrasia de nuestros pueblos raizales. Por el contrario, el socialismo que queremos y necesitamos desarrollar puede ser más auténtico que el liberalismo o el conservatismo introducidos, ellos sí, por dirigentes europeizantes, y con dudosos

resultados. El socialismo autóctono puede llevarnos con mayor satisfacción a la autoestima necesaria y al despertar del Kaziyadu, a lo que nos depara el siglo XXI, como antídoto del capitalismo entrópico. [15] Sirve también para el actual despertar de los pueblos iberoamericanos que marchan, con Brasil a la cabeza, en busca de su real autonomía.

Conclusiones

En cuanto a las consecuencias sociopolíticas que las ideas aquí expuestas puedan tener para resolver nuestras crisis, son varias las posibilidades. Una de ellas es redefinir el socialismo de origen europeo como lo he tratado de hacer aquí, para verlo de índole iberoamericano y mestizo con bases científicas propias, que pueda satisfacer las necesidades de identidad, justicia y paz de los pueblos de base, así en la ciudad como en el campo. Por eso me he atrevido a recomendarlo a movimientos populares emergentes como el Frente Social y Político, Unidad Democrática y otros, en los que actualmente milito.

No estoy proponiendo que se funde un nuevo partido socialista (el sexto en Colombia) sino que se reconozca a este tipo de socialismo raizal como aquella ideología capaz de dar sabor y consistencia a la esencia del nuevo partido unido que se necesita en Colombia para detener los efectos negativos del neoliberalismo, y las consecuencias deletéreas de nuestra guerra sempiterna.

La ideología autóctona o mestiza que percibo para frentear dicha situación y sus crisis, se fundamenta en antiguos valores de equidad, respeto por la vida y su entorno, altruismo y cooperación que vienen desde que el mundo es mundo. Son valores y actitudes todavía cultivados por nuestras gentes en sus comunidades de base, por los cuatro grupos etnoculturales que he mencionado: los aborígenes, las negritudes, los paisanos antiseñoriales y los colonos autonomistas.

Vale la pena preguntarnos entonces si el ethos de la “raza cósmica” profetizada por Vasconcelos se encuentra en esa miscegenación cuadripartita. Parece evidente que esta mezcla en sus contextos geográficos ha producido la idiosincrasia regionalista –

cultura y personalidad—del colombiano común y corriente. Este ethos “cósmico” es distinto del de los valores dominantes de la élite terrateniente, citadina, caucásica y capitalista que ha venido gobernando a Colombia. Los valores de esta élite se han orientado, por regla general, hacia la Estrella Polar y el Norte euroamericano, imperial y explotador de nuestras riquezas, y se han basado en el fomento del individualismo y en la acumulación dinástica de castas por el poder y el capital.

Es de esperarse que del avance de los valores del ethos cósmico pueda provenir el necesario pegante ideológico que permita aquella generosa sumatoria de movimientos y partidos de izquierda democrática, como era el propósito de mi libro de 1970. Ser socialista sería un factor de conciencia personal en dicha alianza, que humanizaría el proceso social y movería a simpatía por las razones que he mencionado.

Sería, pues, positivo contar con este tipo de cemento estructural como inducción para la acción política correctora de las crisis existentes, y como estímulo a la investigación comprometida con los cambios

estructurales indispensables en nuestros pueblos y en la nación. En esta forma me parece que se ha enriquecido la concepción primaria de “ciencia propia” que introduje en mi libro de 1970, con elementos nuevos provenientes de principios endogenéticos, contextuales y tropicales introducidos por las ciencias naturales y sociales en los últimos decenios. [16]

Quizás podamos ahora entender mejor a la “ciencia propia” como aquella acumulación sistemática de conocimientos, técnicas y artes derivadas de la comprensión, usos y defensas del contexto tropical, sus gentes, valores, ambientes y culturas, que permiten equilibrar las disfunciones y descomposiciones producidas por el capitalismo, y hacer avanzar a las comunidades de base hacia organizaciones humanistas, libertarias y ecológicas del nuevo socialismo.

Mirar, entonces, como profesores, maestros y estudiantes, y como ciudadanos y ciudadanas a nuestro contexto amazónico, andino, paramuno y costanero con admiración y orgullo, y defenderlo, gozarlo, estudiarlo y aprender a manejarlo con respeto, todo ello puede

ser buena parte de nuestra respuesta a la preocupación sobre alternativas ideológicas al capitalismo. Se trata de una respuesta utópica, si se quiere, que no nos debe asustar ni avergonzar. Porque en estos últimos cuarenta años, como los he percibido, hemos aprendido con el cantautor Joan Manuel Serrat, que sin utopías, “la vida sería un ensayo para la muerte, pues no tienen bastante con lo posible; son hechiceras que hacen que el ciego vea y el mudo hable, por subversivas de lo que está mandado, mande quien mande”.

NOTAS

[1] Peter F. Drucker, *Post-Capitalist Society*, New York: Harper, 1993.

[2] L. E. Mora Osejo y O. Fals Borda, *La superación del Eurocentrismo*, Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 2002. Cf. Libardo Sarmiento, *Vendimia: biopolítica y ecosocialismo*, Bogotá: Desde Abajo, 2002.

[3] Fernando González, *Pensamientos de un viejo*, Medellín: Bedout, 1970.

[4] Estos conceptos se elaboran e ilustran para el caso de los Zenúes, en mi *Historia Doble de la Costa*, Tomo III, *Resistencia en el San Jorge*, Bogotá: Universidad Nacional/ Banco de la República/ Vicepresidencia de la República/ Ancora, 2002, capítulos 1 y 2 (Canal B).

[5] Véase la primera llamada de atención que hice sobre este asunto en mi artículo, "Odyssey of a 16th century document: Aguado's Recopilación", *Hispanic American Historical Review*, XXXV, 2 (mayo 1955), 208-209 (traducido y publicado por los Padres Franciscanos de La Porciúncula, Cali, 1956). Cf. Juan Friede, "Fray Pedro de Aguado y Fray Antonio Medrano, historiadores de Colombia y Venezuela", *R.H.A.*, No. 57-58 (1964), 205, 223; este autor da a entender que tenía notas al respecto, ojalá preservadas por sus herederos en la valiosa biblioteca que Friede tenía.

[6] Francisco Paoli y Enrique Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México: Siglo XXI, 1977. Miguel Rivera Dorado, *Los mayas de la antigüedad*, Madrid: Alhambra, 1980.

[7] Guillermo Bonfil Batalla, *Utopía y revolución: El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, México: Nueva Imagen, 1981. Cf. Renán Vega Cantor, *Gente muy rebelde*, Tomo 4, Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002, 123, quien recupera el sentido de mestizaje y búsqueda de lo propio que tenía Francisco de Heredia, gran luchador

y fundador del primer Partido Socialista en Colombia (1924-1926).

[8] O. Fals Borda, Historia de la cuestión agraria en Colombia, Bogotá: Valencia Editores, 1982.

[9] Eduardo de Hinojosa, El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña, Madrid: Librería Victoriano Suárez, 1905. José M. Ots Capdequí, El régimen de la tierra en la América Española, Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1946.

[10] Fals Borda, Cuestión agraria, cap. 5.

[11] Luis López de Mesa, De cómo se ha formado la nación colombiana, Bogotá: Librería Camacho Roldán, 1933.

[12] Cf. Fals Borda, Ante la crisis del país: ideas-acción para el cambio, Bogotá: Ancora y Panamericana, 2003, cap. 2.

[13] Manuel Briceño, Los Comuneros, Bogotá: Silvestre y Cia., 1880. Para la

zona andina sur, Arturo Costa de la Torre, Episodios históricos de la rebelión indígena de 1781, La Paz: Ediciones Camarlinghi, 1973.

[14] Fals Borda, Ante la crisis, cap. 4.

[15] Otro tratamiento sobre este desarrollo político autonómico a causa de las Reformas Políticas de 2003, puede verse en el libro colectivo, “¿Por qué el socialismo ahora? Retos para las izquierdas democráticas”, por Jorge Gantiva, Ricardo Sánchez y Orlando Fals Borda, Bogotá: Fundación Nueva República, septiembre 2003.

[16] Esta es una tesis que presento en otro libro de mi autoría que apareció hace poco: Ante la crisis del país, citado, en el que elaboro el de “Ciencia propia y colonialismo intelectual”, México: Nuestro Tiempo, 1970, reeditado en 1987 por Carlos Valencia en Bogotá..

Cuadernos del CES

Títulos publicados

No. 1. Jimeno, Myriam. **Elementos para un debate sobre la Compresión de la Violencia**, mayo 2003

No.2 Fals B, Orlando. **Posibilidad y necesidad de un Socialismo Autóctono En Colombia**, septiembre 2003.